

Juan Cortés: «Subirachs», *La Vanguardia Española*, 5 de marzo de 1967, p. 49

Siempre tuvimos a José María Subirachs por uno de los valores más dignos de ser tenidos en cuenta en un repaso, aun el más riguroso, de lo serio que se produce en las manifestaciones de nuestro arte contemporáneo. La fortaleza de su temperamento, la fibra de escultor que forma la urdimbre de su talento de artista, el constante sentido de la plasticidad que gobierna sus creaciones, sean del género que sean, le ponen en primerísimo lugar entre los plásticos de nuestras últimas promociones.

Sin nada que ver con el rebañismo de los heroicos seguidores de las últimas novedades, hombre acostumbrado a pensar –actividad mucho menos común de lo que parece-, dotado de una auténtica imaginación, una activísima inventiva, una capacidad de ideación y, sobre su infalible instinto, unas posibilidades técnicas para las cuales no existe dificultad, Subirachs puede emprender cualquier aventura y podemos confiar en que nunca nos ha de defraudar con una insustancial trivialidad.

De todas las que hasta ahora emprendiera ha sabido lograr resultados por los cuales, si no nos convenció la actitud espiritual en que el artista se colocaba, nos daba en compensación realizaciones de una robustez, de una armonía y de un sentimiento formal -dejada de lado toda interrogación sobre su expresión o significado- plenamente satisfactorios. Todo ello no sirve sino para corroborar lo que tantas veces hemos dicho y escrito sosteniendo que, en resumen de cuentas, lo que en cualquier ocasión vale y lo que siempre ha de servir para estimar o desestimar una obra es la personalidad de su autor. O sea que no hay estética buena, ni la más acreditada, la más aplaudida, la más celebrada y universal, en manos de un mal artista y, contrariamente, que un buen artista puede realizar una obra excelente aun inspirado en la estética más lamentable.

Viene hoy José María Subirachs con un cambio de orientación en su obra, tan acentuado y no menores como otros que antaño realizara, aunque sin una tan abrupta solución de continuidad como proclama ahora, pues se dieron entremezclados con otras expresiones, como fueron los abstractismos del monumento a la Marina o el que se halla a la entrada de los Hogares Mundet, con referencia al monumento a Narciso Monturiol, las esculturas del Santuario de la Virgen del Camino o las macizas construcciones de su exposición en la «Sala Gaspar» en 1962, de las que, en la que celebra hoy en el mismo lugar y motiva estas líneas, quedan algunas bien representativas muestras.

Por este cambio actual manifiesta paladinamente el artista que vuelve a la figuración, concepto que nos aclara diciendo se trata de una «nueva» figuración, pues la de antes era «representativa», o sea que volvía a presentar un hecho real, mientras la de él no re-presenta sino que «significa». Todo ello a

causa de que «el abstracto puro ha llegado a una inmensa monotonía. Era muy fácil pasarse la vida repitiendo siempre lo mismo», etcétera.

Esta nueva figuración de Subirachs, aunque precisa, limpia, exacta, perfectamente legible y realizada con una técnica impecable, en la que juegan todos los materiales imaginables, empleados con una pericia artesana insuperable, es algo completamente suyo que no viene a adherirse a ninguna de las fórmulas neofigurativas que han ido saliendo hasta hoy. Es en ella elemento de primera categoría esta pericia artesana, pues Subirachs reivindica con toda energía la buena técnica, cosa que, por otra parte, fue siempre atributo importante de su inspiración.

Extrae Subirachs de los bronce, piedras, aluminio, madera, gres, hierro, etcétera, tratados con devoto esmero en su pulimento, en sus pátinas, en su acabado, un sinfín de persuasivas expresiones. Y es a través de estos materiales y de su trato por las manos del artista, haciéndose uno indisolublemente con la concepción específica de la obra, que nos damos cuenta de que tenía que ser en aquellos materiales, conjugando sus contrastes, sus erosiones, sus tersuras, sus brillanteces y sus asperezas donde encontraría su mejor vehículo de manifestación. La ironía y la gravedad alternan en esta nueva fase de la obra de Subirachs con positiva elocuencia, como alternan en ella sus reiteradas oposiciones de cóncavo y convexo, de pleno y hueco, de positivo y negativo, en enfrentamientos y contrastes. Construcciones macizas, con una enorme carga de expresividad vaga e indefinida pero no por ello menos obsesionante, como *El rei i la reina*, *Fornícules*, *Bodegó*, se nos imponen por su contundente presencia, como *Impersonal* y *Perfil* nos muestran la adhesión del artista a las formas humanas aunque sea para reducirlas al simplicísimo empleo de patrón para molduraje, y *Vuit caps* nos da cuenta de su maliciosa pero no zafiamente despectiva befa del canon, mientras el conjunto de la exposición es testimonio del empuje y la pugnacidad del talento del escultor.